5. EXPERIENCIA LÍMITE

Al principio parecía algo absolutamente temerario y ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Y entonces aquella mañana de octubre de 1986 Wolfgang salió disparado de la tienda con su peinado a lo príncipe valiente como si marchara al último combate. Dejó atrás a la bella muchacha bajo la cúpula de tela y atravesó corriendo el campamento en busca de Heinz Zak.

«Ven, vamos arriba». Tenía ese sentimiento intuitivo: ¡Ahora podría funcionar! Sentía por todo el cuerpo un cosquilleo que le indicaba «ahora o nunca». A paso ligero Wolfgang Güllich abandonó con su amigo el Campo IV en el Valle del Yosemite y ascendió por la carretera en dirección a «una realidad aparte»: *Separate Reality*.

Llevaba mucho tiempo trabajando en ello, había catalogado el proyecto como algo realizable y se había comprometido con el desarrollo final de esta ascensión. Ahora quería escalar *Separate Reality* sin asegurarse con la cuerda. Aquel techo de seis metros, un octavo grado superior a la despiadada altura de 200 metros, simbolizaba para él todo el arte de la escalada libre. En realidad había querido prestarse a aquel romance con la muerte para el telefilme que estaban rodando aquellas semanas en el Valle. Pero entonces había escuchado en su

interior y no había sentido nada que le diera la seguridad suficiente para aquella locura sin red ni doble suelo.

Sin embargo ahora se encontraba junto a Heinz Zak al pie de la ruta. Zak aún se estremece al recordarlo: «Al principio yo no quería hacer ninguna fotografía. Naturalmente a mí no podía pasarme nada, pero me ponía enfermo sólo pensar que Wolfgang podía estar a punto de despeñarse frente al objetivo de mi cámara. Era una sensación horrible». Wolfgang Güllich se puso esparadrapo en las manos y las sumergió impaciente en la bolsa de magnesio.

«Estaba completamente eléctrico y temblaba de excitación», recuerda Zak.

Comenzó a trepar sin haber calentado previamente y sin escalar antes la ruta asegurado con la cuerda. Después de siete metros de escalada vertical se encontró en otro mundo. Acerca de aquellos minutos en la *Realidad Aparte* Wolfgang escribió: «Estás completamente concentrado y disfrutas de una activación total, percibes las cosas y a ti mismo con una intensidad que nunca habías experimentado hasta entonces».

Escaló con los músculos vibrando en medio de una completa concentración. Movimiento a movimiento, avanzó por la fisura con la inquietud de un reloj de precisión. No se atrevió a mirar más allá de las punteras de sus zapatillas hacia el valle en el que el río Merced serpenteaba inocente. Los segundos trascurrían a toda velocidad. Wolfgang era uno consigo mismo.

No había pasado, presente, ni futuro, ni tampoco separación entre el interior y el exterior. Sentía cada una de las fibras de sus músculos tensándose cada vez que su mano llena de fuerza se empotraba en la fisura. Sentía los pies que se apoyaban en la roca. El cuerpo era la mente, el espíritu el cuerpo. Entonces dejó ir los pies y con un balanceo controlado elevó las piernas hacia el desplome, enganchó un pie a la altura de la cabeza y se apoyó en la plataforma superior.

Un sentimiento de felicidad inundó su cuerpo hasta la punta de sus cabellos y con un grito dio rienda suelta a la tensión que había retenido hasta ese momento. Escribió: «Estoy sentado en la llana plataforma de la cumbre; la *realidad aparte* pertenece ya al pasado. Es el pensar en la muerte lo que nos hace sentirnos vivos».

Esta ascensión del techo de granito en solitario fue el logro más espectacular de Güllich en 1986, tres meses después de aquella caída en Inglaterra que le produjo la fractura de algunas apófisis vertebrales.

El mundillo de la escalada le tributó su aplauso y el acontecimiento se reflejó en las revistas técnicas.

«Abordó aquello absolutamente sin compromisos y no quiso que nadie le asegurara en la inclinada placa que hay bajo el techo», reconoce Zak. Sólo John Bachar, al que encontraron poco tiempo después, se mostró un tanto retraído.

«*I heard you did some crazy boulderings*», comentó en tono lapidario. No hay nada en el mundo de la escalada que se contemple con tanto escepticismo, que provoque tanto asombro y que se acepte con tanta incomprensión como este viaje al interior de uno mismo. Naturalmente se plantean las preguntas del «cómo» y el «por qué». Una y otra vez los periodistas jugaron con la idea de que tal vez Wolfgang estuviera cansado de vivir.

«Precisamente este argumento es el que resulta más fácil de rebatir» –contestó él–, «pues no existe ninguna otra situación en la que uno tenga tales ansias de vivir, en la que uno viva y sienta de modo tan intenso y en la que se luche y se defienda la vida tan tenazmente frente a un riesgo que, aún dotado de existencia objetiva, tenemos subjetivamente controlado porque llevamos semanas e incluso meses ocupándonos psíquica y físicamente de ese pedazo de roca».

Difícilmente se puede dar nadie por satisfecho con esta respuesta. El solo integral –a menudo identificado con la escalada libre a raíz de que algunos escaladores escenificaran ante los medios de comunicación ascensiones sin cuerda en terreno fácil– y el silencio sobre el resto de la cuestión pedía a gritos una explicación.

—¡Es una especie de adicción lo que le fuerza a ello! —se le imputó a Wolfgang en una entrevista para la televisión.

—¿Qué significa adicción? ¿Qué es pasión, qué es adicción y qué es la búsqueda de una experiencia existencial? —respondió acertadamente.

—¿Pero no es cierto que en el deporte de la escalada el cuerpo tolera substancias similares a la morfina? —replicó el periodista.

SEPARATE REALITY

Sólo unos pocos movimientos de escalada hasta las grandes presas en las que comienza el techo antes de extenderse en línea horizontal. Estos agarres son la última clave de la seguridad. A partir de ahí quiero liberarme, sumergirme en la realidad aparte –Separate Reality *en solo integral–, rebasar ese desplome, hacia fuera y hacia arriba; esto es lo que quiero conseguir. Ahora ya no existe el miedo paralizante que hace sólo unas pocas semanas aún me congelaba los movimientos y hacía que el sudor corriera por las palmas de mis manos con sólo pensar en ello. Una opresión ha desaparecido.*

Por fin tengo toda la información inimaginable sobre la ruta, estoy familiarizado con todos y cada uno de los detalles de los movimientos y conozco exactamente la carga ambiental. Pero, ¿durante cuánto tiempo pueden ir a la par la capacidad psicológica de rendimiento y la impuesta por las condiciones ambientales? El espumeante río Merced en el fondo del Valle de Yosemite permanece mudo ante esta pregunta, silencioso como los coches en miniatura algunos cientos de metros más abajo. La respuesta –yo la conozco– está más allá de cualquier compromiso.

Ya he escalado la ruta varias veces asegurado con la cuerda y con un dominio absoluto. Pero la necesidad imperiosa de tener que hacerlo todo a la perfección puede agarrotar, disminuir la precisión del gesto, perjudicar la economía de los movimientos. ¿Y qué significaría esto? Quizá caer en el «carrusel del pánico», agotarse poco a poco con las manos agarrotadas…

Estos pensamientos traen la melancolía, bloquean la flexibilidad del espíritu, influyen en la percepción, la condición física y los propios procesos de pensamiento. Gracias a Dios me abandonaron hace ya algunas semanas. Sólo gracias a una concentración excepcional puedo soportar esta vital responsabilidad con la calma necesaria. Sólo ella puede dar la capacidad de moverse con una seguridad subjetiva en situaciones objetivamente peligrosas. Y también siento cómo poco a poco la exclusividad de la aventura pone alas a mi voluntad.

Separare Reality *–el techo horizontal de 6 m de longitud– se ha convertido para mí en un símbolo del arte de la escalada libre; y en solitario integral el logro deportivo no sólo sería algo artístico, sino que aunaría el cuerpo y el espíritu, sería la representación ideal de un rendimiento extremo. Exactamente ahí donde la fisura se estrecha hasta tener el ancho justo de los dedos, se encuentra esa sucesión de movimientos capaces de quitar el aliento y cuya documentación fotográfica –hace ya algunos años– hizo que el horizonte de nuestra imaginación avanzara hacia delante. Atrapar una presa de modo dinámico con una mano que ya está resbalando de su empotramiento, a continuación soltar los pies para fijarlos de nuevo por encima del desplome en contra de la dirección del movimiento, y así estabilizado, recoger de nuevo las manos; todo esto había sido hasta ese momento algo inimaginable para nosotros. Durante los preparativos me imaginé una y otra vez en este pasaje clave, automaticé y programé sin fallos cada movimiento, cada detalle, también la presión con que habría de realizar el empotramiento en aquella expuesta y despiadada posición.*

El pulso permanece tranquilo, todavía reina la calma antes de la tormenta. Un último control antes de la luz verde; la roca está fría, esto significa que no sudaré y que no habrá peligro de que las manos resbalen. Los receptores nerviosos están activados, sensibilizados en una medida desconocida hasta ese momento. ¡La concentración total!

La escalada se convierte en una tormenta mental de percepciones y reacciones. Una y otra vez se trata de probar las presas óptimas en la fisura, averiguar la presión correcta de los dedos, para a continuación examinar de nuevo el grado de estabilidad de la posición de escalada y corregirla en caso de necesidad. El timing *hasta el final de la fisura es fluido, aunque de ningún modo precipitado. Permanezco unos instantes aquí colgado para concentrar todas las fuerzas, para incorporar a cada movimiento de los últimos metros la precisión de un mecanismo de relojería.*

En la presa crucial hay que dejar ir los pies sin ninguna oscilación; ningún movimiento debe realizarse con brusquedad. No me atrevo a mirar al valle más allá de las punteras de mis pies de gato y pienso: aquí el éxito consiste en limitarse a lo absolutamente fundamental: elevar y bloquear las piernas, la tensión del cuerpo, agarrarse. Sólo después de haber alcanzado la plataforma de la cumbre disminuye la tremenda tensión gracias a un grito liberador.

Una increible sensación de alegría borra todo rastro de tensión; repentinamente tengo la impresión de que no estaba en juego mi vida, subjetivamente no estaba haciendo nada peligroso. Estoy sentado en la llana plataforma de la cumbre y aprecio el sol, «la realidad aparte» pertenece ya al pasado. Es el pensar en la muerte lo que nos hace sentirnos vivos.

Wolfgang GÜLLICH
en *Der Bergsteiger* 5/87

—¿Y bien? –replicó Güllich para continuar en tono doctoral–: Toda experiencia psicológica tiene una base fisiológica. Si en ese momento se liberan las llamadas endorfinas esto no implica obligatoriamente una situación que se pueda calificar como adictiva».

Recuerdo unas manifestaciones del científico deportivo Herbert Leikov en las que criticaba la excesiva frecuencia con la que se aventuraban conjeturas a modo de explicación sobre un deporte sin conocer en absoluto su estructura interna. Quien ante las actividades deportivas extremas muestre una actitud de desconocimiento y perplejidad se ayudará a sí mismo –según Leikov– en tanto pueda llevarlo todo a un extremo patológico. Para Wolfgang el solo integral no tenía nada que ver con una adicción y lo explicaba de la siguiente manera: «El solo integral, esto es, esa lucha activa y voluntaria contra la conciencia de la muerte, no debe ser algo rutinario o automatizado. Debe ser siempre un punto culminante de tu vida». Y añadía, categórico: «Quien olvida la cara de la muerte ha perdido en el juego».

Güllich buscaba «un nivel absolutamente nuevo de sensaciones que se pueda trasladar a lo cotidiano. Este sentimiento de libertad. El poder decir: "¡Hey, ése soy yo, tengo la libertad, el poder, mi vida en

un puño!". Le excitaba la movilización de energías al límite, el control absoluto de sí mismo. En otro lugar describió de un modo algo analítico uno de los motivos fundamentales que le llevaban a escalar en solitario: «Detrás de ello se encuentra la idea de que sólo abandonando voluntariamente los pensamientos respecto a la muerte podemos llegar a una vida consciente de sí misma. Esta conciencia –tan cómodamente apartada en nuestra sociedad– puede ser la oportunidad de vivir cada día como si fuera algo nuevo, como si fuera el último, con el mismo afán de vivir. La fuerza inestimable que surge de una intensa alegría de vivir nos obliga a reordenar los propios valores o contenidos vitales, o por lo menos a meditar sobre ellos, cosa que en ningún caso puede hacernos daño».

Ante esta tesis de Güllich uno puede mover la cabeza con aire de incertidumbre o tal vez no. Indudablemente él vivió una experiencia única que al menos durante un tiempo intensificó su vida cotidiana. Además esta persona armónica, siempre en busca de la felicidad personal, vislumbró en aquel momento extremo la «armonía perfecta entre cuerpo y espíritu, ya que sin este equilibrio no hay nada que hacer en el límite absoluto».

«Quizá» –reflexiona Hans Diefenbach recordando el fracaso de Wolfgang en *Separate Reality* durante su primera estancia en América–, «quizá aquella renuncia impotente caló tan hondo en su espíritu que supuso más adelante un impulso para rectificar el pasado fracaso».

Sin embargo Güllich también realizó aquel año otras ascensiones en solitario integral. En Inglaterra logró *Weed Killer* (E6/6c, IX) y *Edge Lane* (E5/5c), poco antes de su caída. En la Franconia completó *Sautanz* (IX-), dos semanas antes del viaje a Inglaterra. En esta ocasión el fotógrafo Gerhard Heidorn experimentó al fotografiarle idénticas sensaciones que su colega Heinz Zak.

«Para mí aquello tomaba cada vez peor cariz y estuve realmente contento cuando todo hubo acabado».

Desde una perspectiva biográfica hay algunos puntos significativos que podrían explicar por qué Wolfgang Güllich buscó las experiencias límite precisamente en esa época de su vida. Ya en sus primeras colaboraciones escritas asoma la fascinación respecto a su propia fuerza mental en las situaciones límite. «Voluntad, concentración y resistencia se unen para formar un anillo», escribió con ocasión de su primera ascensión a *Supercrack*. En muchos otros textos se encuentran percepciones similares: «El cuerpo gotea sudor, el esfuerzo bloquea

el sistema nervioso y apenas se puede controlar el temblor. Con la máxima tranquilidad los pensamientos imparten sus órdenes». O bien: «La voluntad… sojuzga el dolor lacerante» y «…¡La concentración total!». Cuanto más elevaba Wolfgang su nivel de escalada, cuanto más se aproximaba a la barrera del décimo grado, tanta más importancia tomaba para él el aspecto mental del rendimiento deportivo extremo. En este contexto diría: «La superación de las dificultades de la escalada se hace posible en el aspecto psicológico…». Para él había vuelto a ocupar un primer plano el tema de los límites y las posibilidades del rendimiento humano.

A Güllich le interesaban el límite y las experiencias al límite, y se estudiaba a sí mismo para descubrir la meta de su viaje. El solo integral le dio la posibilidad de realizar «una valoración despiadada, consecuente y realista de las propias capacidades, tanto de las físicas como de las mentales. Sin "síes" ni "peros" ni verbos en condicional. De repente los conceptos han perdido su valor. Nuestras amadas formas de expresión se subordinan irremisiblemente a una observación precisa. Permanece la cuestión: ¿Qué soy capaz de lograr después de renunciar al aseguramiento?… Aquí radica la oportunidad de liberarse de cierta dependencia, de definir de nuevo las propias fuerzas».

Resulta evidente que un hombre como Güllich –con estas preguntas a flor de piel– estaría dispuesto a encontrar las respuestas, pero sin pretender por ello dar una contestación definitiva. Aun dando las vueltas que se quiera, la ascensión sin cuerda a *Separate Reality* se sustrae en última instancia a cualquier explicación racional. Es posible también que su sensualidad le arrastrara al borde del abismo. A pesar de su enorme fuerza, Güllich nunca fue uno de esos bravucones que degradan su cuerpo convirtiéndolo en una máquina y se izan por la pura fuerza bruta sobre las presas de la roca. Vivía el «placer momentáneo del agotamiento total» de la misma manera que aprovechaba fascinado su fortaleza psicológica. Si por un lado poseía un agudo sentido analítico, se mostraba igualmente muy marcado por los sentimientos: «¿Hay algo más bello que abandonarse al instante de una fortuna perfecta?». Debido a su gran sensibilidad, percibía el *touch down* psicológico que sigue al excitante esfuerzo de la voluntad más bien como una experiencia emocional extrema. Concebía el juego entre el *up and down* como una experiencia existencial:

«Después estás quemado físicamente y te alegras de poder mirar al sol. Pero entonces te resulta insoportable no poder desconectar

la mente. Tú sólo quieres estar tranquilo, pero la excitación es tan grande que te hace pasar la noche en blanco».

Resulta chocante que las escaladas en solo integral gozaran precisamente en aquellos años (1985-1986) de un cierto predicamento entre algunos escaladores punteros. Personajes como los americanos Bachar, Clune y Croft; los franceses Tribout, Ghersen, Le Menestrel, Plantier, Kurt Albert y algunos ingleses, escalaron en solo rutas notables. Hay que exceptuar aquí las realizadas muy por debajo del límite del rendimiento individual, sólo para fotografías o pósters, y que por lo tanto carecían del trasfondo de experiencia personal y dependían ante todo de una estrategia de mercado.

Al plantear el tema de la escalada en solitario aparecen al punto conceptos como el «arrojo» o el «jugarse la vida». Sin embargo estos no son aplicables al caso de Wolfgang Güllich. Ciertamente se arriesgaba –de esto no cabe duda–, pero de una forma calculada y equilibrada.

«No era un tipo que se jugara la vida como un tonto», como dice Gerhard Heidorn. Y en palabras del propio Güllich: «Cuando enfríes el pensamiento enloquecido y aprendas a dominar una situación, cuando precises y perfecciones tus movimientos hasta el último detalle analizando todos los fallos y las debilidades, y sobre todo cuando aprendas a conocerte a ti mismo, a canalizar tus miedos y tus emociones, cuando tengas en el puño las naturales reacciones del estrés, entonces conseguirás convertir el peligroso bloqueo en una nueva fuente de energía. ¡Pues el miedo paralizante es algo que no puedes permitirte ni un solo segundo!».

Wolfgang Güllich siempre se disoció estratégicamente del riesgo –incluso *turboalimentando* la conciencia de sí mismo– y era por completo consciente de su juego en el sutil equilibrio entre el peligro objetivo y la seguridad subjetiva. Incluso si se quisiera relacionar sus ascensiones solitarias con el suicidio, veríamos que éstas no tienen nada que ver con el anhelo emocional de la muerte. Él siempre habló sobre la muerte con una claridad distante e intelectual, sin permitirse escarbar en la emocionalidad.

«Su manera de enfocar la escalada en solitario era un tanteo meditado. Él todo lo racionalizaba», dice Gerhard Heidorn. Naturalmente escalar en solitario es peligroso y cabe preguntarse qué quería decir en realidad cuando juraba y perjuraba que «subjetivamente lo tenía todo controlado al cien por cien». Actuaba con total conciencia del riesgo calculable sin pensar que el concepto del «riesgo residual»

fuera algo más que una fórmula hueca. Como escalador, más de una vez tuvo simplemente suerte, aun cuando intentara controlarlo todo en sus pensamientos. Confiaba en sí mismo y en sus seguros, a menudo colocados de forma harto dudosa, lo cual no deja de ser asombroso.

Pero con toda seguridad aquella rotura de una presa producida pocos minutos antes de su solo planeado a *Chasin'the Trane* mientras calentaba en top-tope, no era calculable. Como recuerda Heinz Zak, se cayó bastantes veces en escaladas con cuerda y se daba unos golpes tremendos. En los montes del Elbsandstein se le rompió una presa cuando estaba a diez metros por encima del último seguro. Intentó en vano evitar la caída aferrándose a la roca, de tal manera que se arrancó la piel de las yemas de los dedos. A continuación cayó implacablemente más de veinte metros hacia las profundidades y quedó colgando de la cuerda a sólo un metro por encima del suelo.

Richard Mühe recuerda cómo un día Wolfgang cayó desde una altura de diez metros y se estrelló junto a él en el suelo arenoso del Palatinado. Inmediatamente se levantó y se dispuso de nuevo a escalar la ruta. En Tailandia una laja se desprendió de la roca bajo su mano y el espit se rompió, por lo que cayó contra una repisa de bordes afilados, resbaló y terminó golpeándose contra la pared debajo de un techo. Se había roto la mano. Kurt Albert, que le aseguraba, comprendió que igualmente podría haberse partido el cuello.

En 1982 en la Suiza franca recorrió la ruta *Welzenbach-Gedächtnis-Weg* en la Röthelfels exclusivamente con fisureros. «Poco antes de la salida» –recuerda Karl– «ya no disponía de ningún fisurero adecuado y agotó todas sus fuerzas manipulando dos fisureros pequeños. Se cayó y saltaron todas las cuñas excepto un pequeño stopper situado veinte metros más abajo».

«Me miró sorprendido a los ojos colgando a un metro por encima del suelo», dice Kurt. Su primer accidente con consecuencias se produjo en 1984 en *Kühloch* en la Franconia, donde se rompió los hombros. Escribió lacónico en su libro de rutas: «Caída estúpida, una paliza para los hombros». En el Elbsandstein presencié cómo en una estúpida maniobra de rápel con Bernd Arnold, Wolfgang caía atronadoramente desde ocho metros de altura justo entre dos bloques de piedra sobre el suelo arenoso del bosque. Aparte de algunos rasponazos no tuvo nada que lamentar, y al día siguiente se dedicó a escalar como si no le hubiera pasado nada. También tuvo suerte en la soledad del Himalaya, cuando se cayó golpeándose con una repisa y se rompió

varios ligamentos del pie; pero siguió escalando gracias a unas cuantas cajas de aspirinas.

No obstante –sigo insistiendo–, él no era una persona temeraria. Quizá en este tramo de su vida tuvo que hacer forzosamente suya la idea de ascender rutas no aseguradas con clavijas de expansión al modo americano del *clean-climbing-style*. Renunció conscientemente a asegurarse en los anclajes cementados y sólo colocaba fisureros En un tiempo en el que en la Franconia no se podían imaginar las rutas sin pitones Güllich buscó una vez más nuevos caminos.

«Era simplemente creativo y deseaba recorrer tierras vírgenes», dice Gerhard Heidorn. Aun cuando las ascensiones no supusieran ninguna sensación desde el punto de vista de la escalada deportiva, Wolfgang siempre era el que hacía cosas nuevas. No conozco a ningún otro escalador alemán que practicara el deporte de una forma tan innovadora. Wolfgang siempre iba un trecho por delante de los demás. Güllich seguía aquella tradición escaladora que había hecho famosos a los americanos y también a los ingleses. Él mismo la llevaba a la práctica en las rutas que escalaba y siempre habló con un gran respeto de Johnny Daves –que había conseguido en Gran Bretaña unos logros únicos en este sentido– o del americano Peter Croft, uno de los grandes asiduos del Yosemite.

Esta forma de escalar era para Wolfgang Güllich una disciplina más y así la describió en un sobresaliente artículo analítico de 1989: «A causa del peligro de caída, esta disciplina exige una fuerte responsabilidad y una buena capacidad para juzgar correctamente los posibles puntos de aseguramiento y las combinaciones de movimientos a realizar… El actor se enfrenta al problema de tener que procesar mayor cantidad de información en cada posición de escalada que por ejemplo en rutas aseguradas con espits. Las necesidades de aseguramiento exigen una rápida elección del medio óptimo de aseguramiento, el certero empleo de la mejor posición para colocarlo y el correcto enjuiciamiento de la posibilidad de carga.

Por este motivo en pasajes con deficientes posibilidades de aseguramiento esta modalidad de escalada exige una especial capacidad de reacción y un óptimo control del movimiento. En algunos tipos de rocas el aseguramiento es a veces bastante dudoso y frecuentemente sólo tiene un valor psicológico. En estas zonas marginales este tipo de escalada es más peligroso que –digamos– la escalada en solo integral. El peligro consiste en que uno se cree realmente seguro… La idea del

clean-climbing podría encontrar un gigantesco nuevo campo de acción en zonas aseguradas fundamentalmente por medio de clavijas de expansión».

En el Frankenjura se escalaron por «primera vez» algunas rutas en este estilo tan exigente desde el punto de vista psicológico. Sin embargo la mayor exigencia no se reduce únicamente al ámbito psicológico, sino que afecta también a las condiciones, ya que la colocación de los seguros tiene que realizarse frecuentemente desde posiciones de escalada poco adecuadas para ello. Así sucedía en *Moonbeam Crack* de Joshua Tree (Estados Unidos), una ruta escalada hasta ahora únicamente en top-rope –la primera ascensión de primero fue realizada por Wolfgang Güllich en noviembre de 1987–. En esta ocasión hicieron falta sólo cinco horas para después de repetidos intentos, poder colocar un seguro imprescindible para la progresión. Curiosamente algunas rutas se abren por etapas y requieren un entrenamiento específico para las técnicas de aseguramiento: el método *sandwich* de colocar dos fisureros juntos o fijarlos en agujeros con tensión en sentido lateral, etc.

En este estilo Wolfgang recorrió en el Altmühltal una fisura que bautizó sibilinamente con el nombre de R.I.P. (IX). En inglés *to rip* significa «arrancar», lo cual apuntaba –es fácil darse cuenta– al aseguramiento. Al mismo tiempo, R.I.P. son las iniciales que corresponden a «Descanse en paz» y que aparecen en algunas lápidas mortuorias. A Wolfgang le encantaban los nombres de rutas llenos de significado. En la Franconia bautizó una ruta *Amadeus Schwarzenegger* (X-) debido a la muy lograda simbiosis entre la «extremada precisión y coordinación al principio (Wolfgang "Amadeus" Mozart) y el tremendo empleo de la fuerza (Arnold "Schwarzenegger") en la segunda parte de la ruta». En el Altmühltal ascendió *Catch 22* (IX+) y la definió como «una situación en la que se sabe con toda seguridad que algo es posible, pero uno mismo no es capaz de hacerlo ni a tiros», y en *Kamasutra 218* (X-) se vio obligado a adoptar una serie de posiciones alusivamente complicadas. *Wallstreet*, *Punks in the Gym* y *Action Direkte* tienen todas ellas un significado; algunas veces político, a veces psicológico, otras simplemente analógico.

La película acerca de él y Kurt Albert filmada en los Estados Unidos durante las semanas anteriores a la ascensión de *Separate Reality* ha sido una de las mejores películas de escalada realizadas por los medios de comunicación alemanes. El filme de sesenta minutos de duración proporcionó a Wolfgang y a Kurt una gran popularidad en

Alemania, de tal manera que ambos se hicieron conocidos incluso fuera del mundillo del deporte de montaña.

En la misma época (1981-1987) aparecieron por añadidura multitud de artículos sobre Güllich y sobre la escalada en diversas revistas de gran tirada como *Geo*, *Spiegel*, *Sports* y otras muchas. «El escalador Güllich» –formulaba un periodista más bien provocador– «se alza de un modo fascinante por encima del estereotipo del "mozo natural", absolutamente simple y de barba cerrada, que chapurrea un galimatías en el casi incomprensible dialecto bávaro». Frente al representante de los medios de comunicación había un hombre de inteligencia incisiva y gran carisma.

Puede que en la televisión y en las revistas ilustradas no siempre se haya hecho total justicia a los practicantes de un deporte marginal como es la escalada –tal y como desgraciadamente lo confirman algunos ejemplos–; sin embargo los múltiples programas de televisión sobre Wolfgang Güllich hablaban acerca de él en un lenguaje perfectamente claro.

Lo mismo encontré en los gruesos archivadores que recogían cientos de páginas de artículos sobre su persona. Wolfgang Güllich se había convertido en la figura simbólica y más simpática del deporte de la escalada alemana. No resulta en absoluto erróneo decir que ya en vida era una leyenda de la escalada.